

bro consista en evidenciar las propias dificultades y tensiones que se encuentran en la base del mismo, sobre todo a la hora de intentar una cierta autoaclaración y sistematización de su pensamiento.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

**R.E. BROWN**, *La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro. Comentario a los relatos de la pasión de los cuatro evangelios*, 2 tomos, Verbo Divino, Estella 2005 y 2006, 1850 pp. (tomo I: 1-1031; tomo II: 1037-1850), 16 x 24, ISBN 84-8169-486-X (tomo I) y 84-8169-487-8 (tomo II).

Han pasado ya casi 15 años desde la publicación de la última gran obra del exégeta norteamericano Raymond Edward Brown (1928-1998). Desde 1994, su *Death of the Messiah*, ha sido un punto de referencia para los estudiosos de los relatos evangélicos de la Pasión, lo que no quiere decir que no se hayan revisado desde entonces algunas de sus propuestas e incluso la metodología de su Comentario. Esta traducción al español nos hace ahora más accesible este texto de casi 2.000 páginas, una nutrida compilación y discusión de datos y posturas de los especialistas sobre la parte central de la vida de Jesús. Con estas líneas no pretendemos hacer una valoración de todos los temas tratados en la obra. Lo que haremos, por un lado, es una descripción formal y metodológica; por otro, una breve valoración crítica de estos aspectos.

El Comentario comienza con el relato de Getsemaní —no estudia los sucesos en torno a la Última Cena—, y acaba con la muerte de Jesús en la cruz. Los acontecimientos que tienen lugar en este lapso de tiempo se dividen en cuatro actos: I. La oración y el arresto de Jesús en Getsemaní (pp. 159-389); II. Jesús ante las autoridades judías (pp. 391-786); III. Jesús ante Pilato (pp. 787-1031); IV. La crucifixión y muerte de Jesús en el Gólgota (pp. 1055-1543). El primer tomo comprende los tres primeros actos; el segundo tomo, el cuarto acto y nueve apéndices (pp. 1545-1781) que, por su interés, elencamos: I. El Evangelio de Pedro: un relato no-canónico de la pasión; II. Fecha de la crucifixión (día, mes, año); III. Pasajes especialmente difíciles de traducir; IV. Estudio general de Judas Iscariote; V. Grupos y autoridades judíos mencionados en los relatos de la pasión; VI. El sacrificio de Isaac y la pasión; VII. La base veterotestamentaria de los relatos de la pasión; VIII. Predicciones por Jesús de su pasión y muerte; IX. La cuestión de un relato de la pasión premarcano (realizado por Marion L. Soards). Además, el Comentario contiene una amplia introducción (pp. 41-158), en la que se expone la perspectiva de la obra junto a la bibliografía general, y unos índices al final.

Para llevar a cabo su investigación, Brown ha puesto en paralelo los cuatro relatos evangélicos de la pasión y ha construido un solo hilo argumental. Este hilo es el que le ha servido de base para la investigación, aunque no ha dejado de reseñar las particularidades de cada evangelista cuando se ha tratado una escena relevante: el escarnio y maltrato de Jesús por parte de los judíos, el proceso romano, etc. Para delimitar los actos, el A. ha tomado como base el relato de Marcos —el autor supone que éste, a su vez, se basa en un relato «pre-marcano»—, al que Mateo siguió, aunque insertando nuevas escenas, fruto de sus propias tradiciones. Lucas se basó en su propia tradición; Juan también, aunque usando fuentes afines a la tradición sinóptica. Aquí se especifica uno de los criterios básicos de Brown: cuando Marcos y Juan presentan una secuencia común, ésta debe reconducirse a la antigua tradición cristiana. Cada uno de los evangelistas se aprovechó, además, de sus propias tradiciones orales. La historia resultante se ha dividido en los cuatro actos mencionados y, cada uno de éstos, en varias escenas. A su vez, las escenas se estudian según un esquema fijo: bibliografía de esa sección, partes en las que se divide la escena y análisis general de las partes. Cada uno de los textos ha sido traducido antes de hacer el comentario o análisis pertinente.

La obra de Brown es un libro de consulta: en sus páginas encontramos los datos y las opiniones relevantes acerca hasta de los más pequeños detalles de los textos evangélicos. La metodología de estudio es histórico-crítica, y se basa fundamentalmente en la teoría de las fuentes, en la historia de las tradiciones y en la crítica de la redacción. Y quizá es en esta opción, pienso, donde se encuentra la limitación más relevante de la investigación. El A. deja conscientemente de lado la crítica literaria, porque la ve poco práctica. En los últimos años los estudios bíblicos desde una perspectiva sincrónica se han desarrollado mucho; sin embargo, Brown, a la hora de juzgarla, cita un texto un tanto obtuso de G. Bucher sobre lo que es el análisis estructural (p. 51, n. 11).

El A. enuncia, en la primera página, la finalidad principal de su obra: «Explicar detalladamente lo que los evangelistas intentaron transmitir y transmitieron a sus auditorios mediante sus relatos de la pasión y muerte de Jesús» (p. 41). La introducción es el examen por partes de esta afirmación. Según Brown, estos relatos fueron escritos entre 30 y 70 años después de la pasión, y dependen, por tanto, de tradiciones transmitidas por una generación intermedia, que no podemos reconstruir sino con especulaciones. Otro aspecto a tener en cuenta es que los evangelistas se dirigen al auditorio de su época, con el lenguaje de su época, del mismo modo que hizo Jesús años atrás. Por ello, para Brown, reviste una gran importancia discernir el antiguo público o auditorio del evangelio. También habría que tener en cuenta que lo que estudiamos son

unos relatos verdaderamente dramáticos, aspecto éste relevante para su interpretación (p. 50).

La introducción se detiene a comentar el papel de la historia y de la teología en los relatos de la pasión. La suposición de base de Brown es que ninguno de los evangelistas ha sido testigo directo de los hechos. Es más, los recuerdos de los testigos les habrían llegado ya considerablemente reelaborados y desarrollados por el camino. De todos modos, si nos remontamos de los evangelios al mismo Jesús, según Brown, acaban apareciendo testigos presenciales o personas que de oídas llegaron a conocer con relativa precisión los hechos ocurridos. Los relatos, por tanto, se basan en hechos históricos, aunque las tradiciones posteriores y los mismos evangelios las organizaron a su modo, «con el objeto de comunicar a su audiencia una interpretación de Jesús capaz de nutrir la fe y, con ella, la vida» (p. 53). Desde este punto de vista, el A. parte de la base de que no todo lo que aparece en los relatos acerca de Jesús es histórico: de hecho, su trabajo se centrará, a menudo, en discutir el posible valor histórico de las tradiciones preevangélicas, sin tono polémico, y llegando a conclusiones en términos de mayor o menor probabilidad.

Por poner un ejemplo, fijémonos en la discusión acerca de la causa de la condena de Jesús a muerte. Brown analiza las distintas posibilidades y las valora, teniendo en cuenta el pensamiento judío de la época y la distancia que hay entre los sucesos que se narran y el momento en que se escribieron los relatos. La conclusión general que saca es que hubo, por parte del sanedrín, una resolución —la de declarar reo de muerte a Jesús por blasfemia— tomada sobre una base impropia. Históricamente, siempre según Brown, no parece que la acusación de blasfemia pudiese basarse en el hecho de haberse arrogado Jesús el título de mesías. Tampoco parecen determinantes —aunque la condena haya podido estar influenciada de algún modo por ellos— el uso del título de hijo del hombre (Dn 7), su actitud hacia el templo/santuario o la acusación de ser un falso profeta. Parece más bien que la acusación de blasfemia se ha apoyado en algunas de sus actitudes a lo largo de su predicación: «Jesús hablaba con gran autoridad (...). Jesús dijo tener el poder de perdonar los pecados (...). Jesús realizó hechos y curaciones de carácter extraordinario (...). Jesús dio a entender e incluso declaró que las personas serían juzgadas por Dios con arreglo a cómo reaccionasen a su proclamación del reino (...). Jesús tomó posturas con respecto a la Ley, sobre todo en lo concerniente al sábado, que seguramente parecieron muy discutibles a los fariseos, saduceos y esenios (...). Jesús, aun siendo laico, criticó con hechos y palabras las costumbres del tiempo (...). Jesús nunca explicó su autoridad de modo que lo hiciese identificable a la luz del Antiguo Testamento (...). Jesús se dirigió familiarmente a Dios como “Abba” (...). Jesús,

en ciertas ocasiones, se refirió a sí mismo situándose en relación filial con Dios (...). Si, como parece probable, Jesús hizo o dijo en vida la mayor parte de las cosas enumeradas, no encuentro razón para dudar de que sus oponentes lo hubiesen considerado blasfemo (i. e., alguien que arrogantemente se atribuía una categoría o prerrogativas más propiamente relacionadas con Dios), tal como refieren los evangelios en el proceso» (pp. 655-657).

En esta misma línea, Brown discute el tema de la responsabilidad y/o culpa de la muerte de Jesús: según él, el contexto de la pasión y muerte de Jesús es el de una disputa interna judía; los judíos serían responsables, pero no culpables. En cuanto a los romanos, éstos se habrían limitado, para evitar problemas, a hacer lo que les pidieron los judíos al entregar a Jesús al prefecto romano.

Otro ejemplo lo tenemos en la discusión que hay en uno de los apéndices sobre la posible fecha de la muerte de Jesús. Esta investigación se sirve no sólo de los datos que aportan los evangelistas, sin tratar de hacer armonizaciones rocambolescas, sino también del texto no canónico que se ha discutido poco antes, el *Evangelio de Pedro*. Brown llega a las siguientes conclusiones, suponiendo, dice, que sean fiables las mínimas referencias cronológicas ofrecidas en los evangelios: Jesús murió un viernes, en alguna hora diurna; ese día sería, con mayor probabilidad que otras propuestas, el 14 de nisán, a caballo entre un jueves y un viernes, víspera del 15, día en que se tomaba la cena de Pascua; la fecha sería o bien el 7 de abril del año 30 d.C. o bien el 3 de abril del año 33 d.C.

Pasemos a las valoraciones. Las divisiones textuales que adopta Brown —y la forma que tiene de trabajarlas— tienen sus ventajas y sus inconvenientes: por un lado, la comparación de episodios paralelos puede arrojar luz sobre muchos detalles de los textos y sobre la visión propia de cada evangelista; por otro, hace más difícil el acceso al sentido global de la trama que cada uno ha compuesto.

Es cierto que, en muchos casos, la investigación de Brown aporta luces interesantes sobre el sentido de una expresión o de un pasaje y sobre su trasfondo histórico. De todos modos, con frecuencia, la limitación de la metodología queda patente ante la imposibilidad de profundizar en lo relevante de la dinámica y del sentido de cada texto. En no pocas ocasiones, la investigación discute con exhaustividad las cuestiones relativas a fuentes y tradiciones pre-evangélicas, dejando un poco de lado el sentido del texto tal y como ha sido recibido. Las discusiones previas de Brown son necesarias, pero su metodología sólo puede aspirar a buscar respuestas a lo propio del método histórico: no más allá. Hay que tener en cuenta que lo realmente relevante es la recepción del evangelio histórico en la Iglesia, y no tanto los acontecimientos verificables por el método histórico del siglo XIX. Estudiar éstos es algo ineludible, porque es-

tán en la base de la fe, pero los evangelios son relatos de fe y biografías; por tanto, su estudio meramente histórico no hará más que crear un mar de hipótesis, probabilidades y dudas.

Brown afirma que quiere explicar lo que los evangelistas intentaron transmitir y transmitieron a sus auditorios. Lo que no está claro es si el método le permite descubrirlo. Esto no quita valor a su trabajo; simplemente se hace necesario definir con claridad sus límites, ya que, en último término, no interesan tanto las fuentes de cada evangelio como su resultado final, que es el que da sentido al texto. La obra de Brown es una pequeña enciclopedia y, en muchos aspectos, es muy de agradecer. La amplísima bibliografía que se usa permite tener en un solo libro todas las opiniones relevantes hasta 1994. De todos modos, al primar el estudio comparativo de los cuatro relatos de la pasión, pasaje a pasaje, se deja de lado el estudio de la trama de cada evangelio, limitando así las posibilidades de acceder a la intención del texto canónico y, por tanto, limitando las posibilidades de actualización en la vida de la Iglesia. Aunque el A. menciona la perspectiva teológica propia de cada relato en las páginas introductorias (pp. 68-78), al comparar los textos pasaje por pasaje, ese contenido queda algo difuminado. En este campo se hace necesario, pienso, un complemento vital: estudiar el sentido con el que se recibieron los textos en la primitiva Iglesia. A esto habría que añadir el recurso a los acercamientos sincrónicos, que nos permiten acceder con más fiabilidad a la dinámica del texto y, por tanto, a su intención.

El tono del Comentario de Brown es respetuoso, tanto con el contenido de fe de los evangelios como con las opiniones de los colegas, y refleja la evolución de pensamiento que ha tenido el A. Estamos, pues, ante una obra de una especial utilidad, sobre todo para los investigadores y profesores de Sagrada Escritura, especialmente cuando se es consciente de sus límites metodológicos. Será de especial utilidad para los que buscan respuestas a cuestiones históricas o de comparación sinóptica y de una utilidad menor para los que quieren estudiar las narraciones bíblicas en su conjunto.

Juan Luis CABALLERO

J. MORALES, *La experiencia de Dios*, Rialp, Madrid 2007, 255 pp., 13,5 x 20, ISBN 978-84-321-3650-4.

La categoría experiencia cobra hoy, a todos los niveles, un peso difícilmente superable. Después de su notable presencia a partir del principio de inmanencia sintetizado en el *cogito* cartesiano, la experiencia ha devenido poco a poco un término cultural y popular imprescindible. Su poder como instru-